

# Subsanando contradicciones: la huelga del sector público de 2010 en Sudáfrica

Claire Ceruti

La masiva y larga huelga organizada en agosto de 2010 por los trabajadores del sector público de Sudáfrica ha hecho ascender el número de días de huelga anuales a su máximo histórico. El personal docente y hospitalario estuvo tres días en huelga a pesar del acoso de la policía a los piquetes y de una serie de interdictos judiciales para impedir que las fuerzas de seguridad, los soldados y el personal de enfermería se declarasen en huelga<sup>1</sup>. La huelga empezó después de que algunos afiliados obligasen a sus líderes sindicales a rechazar la oferta final del Gobierno del 7 por ciento y 700 rand (70 euros) de subsidio de vivienda. Tras presenciar el despilfarro del Gobierno en la Copa del Mundo de Fútbol de 2010, a los huelguistas les costaba creer que éste no pudiese satisfacer sus demandas. Los funcionarios pedían un aumento del 8,5 por ciento y un subsidio de vivienda mensual de 1.000 rand (100 euros). Pero la huelga fue mucho más que una huelga para reivindicar mejoras salariales: tres años antes, los trabajadores del sector público ya se declararon en huelga durante los últimos días del régimen del anterior Presidente, Thabo Mbeki, y la huelga de 2010 ha supuesto una prueba de primer orden para su sucesor, Jacob Zuma, y, por ende, para la estrategia de cambio social de los sindicatos.

La huelga ha puesto en peligro también la alianza entre el Congreso Nacional Africano de Sudáfrica (ANC) que está en el poder, el Partido Comunista Sudafricano (SACP) y la federación sindical más importante, el Congreso de Sindicatos de Sudáfrica (COSATU), entre cuyos afiliados se encuentran muchos funcionarios. La estrategia del COSATU para el cambio desde el fin del *apartheid* ha sido influir en la política del Gobierno a través de esta alianza. La estrategia se hundió con el Gobierno de Mbeki, artífice de un programa neo-liberal local para Sudáfrica antes de ser elegido presidente. Con Mbeki se redujo el impuesto sobre la renta de las sociedades, se perdió más de un millón de empleos y los problemas relacionados con la falta de vivienda aumentaron con más rapidez que la puesta a disposición de viviendas sociales, dejando al 15 por ciento de la población, aún hoy, viviendo en barracas de chatarra.

La revuelta contra Mbeki venía madurándose desde hacía tiempo, y ha acabado estallando por varios frentes. Ya en 2005, algunos de los distritos segregados más pobres de Sudáfrica tomaron las calles antes de las elecciones municipales. Las protestas por las deficiencias en la prestación de servicios exigían no sólo la «vida mejor» prometida en las campañas electorales del ANC, sino también un Gobierno más responsable. Hubo también huelgas de reivindicación de mejoras salariales. Éstas se desarrollaron conjuntamente con una revuelta en el seno del ANC y coincidieron con una crisis en la estrategia del COSATU. A los dirigentes sindicales les incomodaba que Mbeki se valiese de la alianza para reivindicar su autoridad sobre los sindicatos al tiempo que desestimaba sus sugerencias en materia de política. Más que concluir que el COSATU podía ser más independiente, sus dirigentes buscaban caras más amigas en el interior de la alianza. Una serie de fuerzas, incluido el Secretario General del COSATU, Zwelinzima Vavi, secundaron a Zuma cuando Mbeki lo expulsó de su gabinete. En 2007, Zuma no estuvo del lado de los trabajadores, pero defendió que ambas partes retomasen las negociaciones. Sin embargo, la conferencia del ANC de diciembre de 2007 (que ahora se conoce como «Polokwane» por el lugar en que se celebró), que eligió a Zuma como Presidente del ANC, también prometió mejores condiciones para los trabajadores del sector público.

La huelga de 2010 se declaró contra la reconstitución de la alianza posterior a Polokwane y expuso algunas de las contradicciones entre los intereses de los miembros y la amplia estrategia de los dirigentes sindicales. La huelga de 2007 la convocaron los dirigentes sindicales para rebelarse contra la marginación de que eran objeto en la alianza, y fue secundada con entusiasmo por los miembros. En cambio, la huelga de 2010 fue impuesta a los dirigentes reticentes ante las expectativas justificadas de los miembros.

Por un lado, los negociadores del sindicato confiaban en que sus nuevos compañeros del Gobierno, en deuda con los sindicatos por haberlos ayudado a llegar al poder, les harían una oferta satisfactoria. Por otro, los negociadores del Gobierno esperaban que sus compañeros de los sindicatos alcanzaran un acuerdo con los miembros. Se les presionaba para que frenasen las reivindicaciones salariales debido a la resaca fiscal que siguió a la Copa del Mundo, así como para reafirmar su autoridad ante la actitud mostrada por varios miembros de la alianza para criticar públicamente a «su» Gobierno. Pero lo mínimo que los miembros esperaban de Zuma era que satisficiera sus

reivindicaciones. Cualquier equivoco que hubiese podido dar a entender que los negociadores del Gobierno estaban actuando en contra de las verdaderas intenciones de Zuma y en contra de la política del ANC quedó rápidamente disipado cuando éste apareció en la televisión nacional, a los pocos días de iniciarse la huelga, confirmando el derecho del Gobierno a despedir a los «trabajadores esenciales» que siguieran en huelga.

El Gobierno actuó con dureza contra los huelguistas. El segundo día de huelga, la policía utilizó balas de goma y cañones de agua contra los piquetes en varios hospitales, y disparó contra personal docente que avanzaba hacia una carretera cercana a Soweto. Los principales medios de comunicación emprendieron una virulenta campaña contra los huelguistas, culpándoles de muertes de bebés y de interrumpir las clases. Meses antes, seis bebés habían muerto en un hospital en condiciones «normales» debido a la falta de desinfectantes básicos. Dos meses antes se suspendieron las clases, por la celebración de la Copa del Mundo, y las instalaciones de la escuela de secundaria de Nelspruit se habilitaron como oficinas del estadio, por lo que los estudiantes se quedaron sin poder asistir a clase. Sin un comité de apoyo a la huelga que pusiera a las comunidades afectadas en contacto directo con los huelguistas, esta presión moralizadora fue decisiva para aislar a los huelguistas mientras se alargaba la huelga.

No obstante, las motivaciones políticas también fueron importantes para entender las razones que llevaron a dar la huelga por concluida el 6 de septiembre con un acuerdo que la mayoría de los huelguistas consideraron una imposición desde arriba. El COSATU estaba a punto de dar a conocer sus propuestas de política económica antes que el consejo general nacional del ANC, por lo que no podía permitirse salir vencido de la huelga, pero tampoco estaba en posición de alcanzar un punto de acuerdo con el bando de Zuma si quería que llamar la atención sobre sus políticas. El 27 de agosto, las siguientes palabras de Themba Maseko, un portavoz del Gobierno, aparecieron en el periódico *Business Day*: «Estamos empezando a ver demasiadas actitudes y a oír demasiadas declaraciones que están llevando a la huelga más allá de las relaciones laborales. Nos preocupa».

*El Cosatu no podía permitirse salir vencido de la huelga, pero tampoco estaba en posición de alcanzar un punto de acuerdo con el bando de Zuma*

Así pues, Vavi jugó un papel muy contradictorio durante la huelga. Su papel siguió la lógica de la negociación colectiva con un colofón político: un negociador influido por consideraciones estratégicas relacionadas con la alianza. El 26 de agosto en Johannesburgo, cuando ya hacía doce días que había empezado la huelga, Vavi se hizo eco de la ira de los huelguistas declarando

«la alianza vuelve a ser disfuncional». También arremetió contra las «élites rapaces» del ANC e hizo un anuncio crucial para la confianza de los huelguistas, a saber, que la federación había notificado la celebración de una huelga general de un día en solidaridad con los funcionarios. Sin embargo, desde la trastienda estaba trabajando duro para, en un principio, evitar una huelga, y luego, para zanjarla. Vavi describe su papel en una carta extraordinariamente franca, después de la huelga, en respuesta a las acusaciones del sindicato del personal docente de que se habían vendido. En la carta se resumían los esfuerzos de un líder sindical atrapado entre sus compañeros en el Gobierno y la fuerza en ciernes que presionaba desde abajo. Vavi escribió que los negociadores eran plenamente conscientes de lo difícil que era para el Gobierno dar un paso, y describió una serie de intentos para alcanzar un acuerdo en las cifras propuestas por los delegados sindicales del sector público, pero aparentemente no coincidían con sus miembros.

Poco después de la marcha del 26 de agosto, Zuma ordenó a las partes que retomasen las negociaciones. Muchos huelguistas lo interpretaron como una señal de que estaban ganando. La notificación de la nueva oferta – 7,5 por ciento – fue un duro golpe a su estado de ánimo. A la mayoría les enfureció que Vavi anunciase este acuerdo en la radio antes de hacerlo a los miembros, instando a los huelguistas a aceptarlo ya que era «imposible» obtener nada más. La lectura de Vavi era que los negociadores del Gobierno se sentían traicionados por sus compañeros de sindicato que en dos ocasiones les habían prometido que podían venderles un acuerdo a los miembros, para luego enterarse de que los miembros lo habían rechazado.

A pesar de la recomendación de Vavi, la mayoría de los hospitales y regiones del sindicato de personal docente del COSATU rechazaron la oferta, en la mayor parte de los casos por unanimidad. No obstante, tras tres semanas sin trabajo y sin salario, preocupados por estudiantes y pacientes, desmoralizados, y con cada vez menos piquetes, a los huelguistas les faltaban fuerzas para seguir. Transcurridos algunos días de incertidumbre, se suspendió la huelga.

Pero los residuos políticos de la huelga no se borran fácilmente. A finales de 2010, el régimen de Zuma seguía inquieto por la capacidad de su asociado para controlar a sus miembros, y consideró un ataque frontal el que el COSATU convocara una «conferencia de la sociedad civil» a la que el ANC no estaba invitado. El New Growth Path del Gobierno hizo muchas promesas al COSATU y otorgó pocas concesiones a sus propuestas económicas, al tiempo que situaba el pacto social en el centro, como nuevo medio para estrechar la relación entre los sindicatos. Menos visible, pero no menos importante, es el residuo político que ha quedado en las mentes de los huelguistas. Está claro

que han empezado a ampliar sus ambiciones más allá de sus propios intereses sectoriales. En 2010, los huelguistas simpatizaban con las protestas en relación con la prestación de servicios más fácilmente que en 2007. En segundo lugar, los huelguistas han aprendido una buena lección en relación con los criterios que suscriben la alianza y la negociación colectiva. Como mínimo un huelguista sintió que la huelga se convirtió en impulsora de las ambiciones políticas de Vavi. Por último, en 2010 los huelguistas pasaron directamente a criticar a Zuma. La huelga demostró que, muy probablemente, las contradicciones de este último afloran mucho más rápidamente que las de Mbeki.

## Nota

<sup>1</sup> El Gobierno y los sindicatos no han logrado alcanzar un acuerdo sobre qué es un trabajador esencial.

*Claire Ceruti es investigadora adscrita a la cátedra de investigación de Sudáfrica sobre cambio social de la Universidad de Johannesburgo. Ha estado realizando investigaciones sobre clase y huelgas.*